

12. La espera de Dios

Toda la realidad existe en aras de nuestra relación con Dios, toda la realidad existe para que vivamos tendiendo a abrazar al Padre, porque hemos sido hechos para Dios, para ir hacia Él. San Pablo, en su carta a los Romanos, reconoce esta espera de toda la creación que se centra en nosotros, llamados a convertirnos en hijos de Dios: “Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios”. (Rom 8,19-21)

Estamos llamados a esperar la redención que nos hace hijos de Dios para que en ella se cumpla el sentido y la expectativa de toda la creación. Nuestra esperanza es la espera consciente de la plenitud de todas las cosas en Cristo. Pablo vuelve a escribir: “Y no solo eso, sino que también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo. Pues hemos sido salvados en esperanza. Y una esperanza que se ve, no es esperanza; efectivamente, ¿cómo va a esperar uno algo que ve? Pero si esperamos lo que no vemos, aguardamos con perseverancia” (Rom 8,23-25).

Ser personas humanas es ser creadas para Dios. Todo en nosotros: el cuerpo, el alma, el espíritu, es creado, nos es dado, para ir al Padre, para abrazarlo, para estar eternamente unidos a Él. Por eso el Hijo se encarnó, murió y resucitó, y por eso permanece y camina con nosotros y vendrá al final de los tiempos: para permitirnos ir al Padre como el niño de Van Gogh. Tal vez sea precisamente en este sentido en el que Jesús nos advirtió: “En verdad os digo que, si no os convertís y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (Mt 18,3). Por eso, la esperanza es la virtud que nos permite vivir plenamente nuestra humanidad.

La esperanza comienza en nosotros como espera, y se ejercita como espera conscientemente vivida en nuestra humanidad. La espera es una dimensión muy importante de la experiencia humana. El hombre sabe esperar, el hombre está siempre en una dimensión de espera, porque es la criatura que vive en el tiempo de manera consciente. Los ángeles no viven en el tiempo, no tienen que esperar. Todo para ellos es presencia y eternidad, un tiempo infinito que sucede ahora. Los animales viven en el tiempo, esperan instintivamente lo que satisface su apetito, o que amanezca, o que su amo vuelva a casa. Pero no tienen conciencia de la espera.

La espera humana es la verdadera medida del tiempo, una medida que no es numérica, ni cronológica. Nos hemos acostumbrado a calcular la espera, a decir que hemos esperado una hora, que el tren lleva cinco minutos de retraso, que Internet nos ha hecho esperar 14 segundos interminables antes de responder a nuestro clic. Pero cuando la medimos así, desnaturalizamos la espera, la convertimos en una cosa, un fenómeno desligado de nosotros mismos y de lo que esperamos. Es como si la espera fuera algo en sí mismo, sin relación. En cambio, la espera, y aquí está el punto crucial, es relación, es una dimensión del misterio de la relación.

El poeta italiano Clemente Rebora, cuando era soldado en la Primera Guerra Mundial, describió en una breve prosa la situación en las trincheras, cuando está lloviznando, cuando no pasa nada, en un escenario de barro, suspendido entre la vida y la muerte. Y en medio de esta descripción aparece una frase de dos palabras que lo resume todo: “*Attender l’attesa* – Esperar la espera” (Clemente Rebora, *Stralcio*).

Sólo el ser humano es capaz de ser tan consciente de la naturaleza del tiempo como para experimentar la espera como una actividad, como una elección libre, como un trabajo que coincide consigo mismo, que trabaja sobre sí mismo. La cultura informática, al introducir en todas nuestras actividades el cálculo numérico de la espera que estas actividades pueden conllevar, y sobre todo al darnos la ilusión de que todo puede suceder inmediatamente, sin esperar, nos priva de una dimensión esencial de la experiencia humana: nos priva de la libertad de esperar, de querer esperar. Saber esperar, saber “esperar la espera” que implica la vida humana, no es sólo una cuestión de comportamiento superficial, como cuando se dice que hay que saber tomarse la vida con filosofía o ser zen. Saber esperar, y esto es lo que nos dice Jesús, es necesario para nuestra salvación, es decir, es necesario para la recuperación y realización de nuestra humanidad que Dios nos ofrece mediante la Redención obrada por Cristo.

“Estad atentos, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento. Es igual que un hombre que se fue de viaje, y dejó su casa y dio a cada uno de sus criados su tarea, encargando al portero que velara. Velad entonces, pues no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa, si al atardecer, o a medianoche, o al canto del gallo, o al amanecer: no sea que venga inesperadamente y os encuentre dormidos. Lo que os digo a vosotros, lo digo a todos: ¡Velad!».” (Mc 13,33-37).

Velar, en sentido evangélico, significa esperar, pero con la conciencia de fe de que nuestra espera más verdadera y decisiva es la espera de Dios. La verdadera espera humana es la espera de Dios. Sólo la espera de Dios, la búsqueda de Dios, da sentido al tiempo. El tiempo terminará y se cumplirá cuando el encuentro final con el Señor nos introduzca en la eternidad, y todo el tiempo dedicado a buscar a Dios se hará también eterno. La verdadera naturaleza del tiempo humano es la espera del encuentro final con el Señor.